

LA MISA

¿PARA QUÉ SIRVE?

Prólogo Mons. Jaume Pujol

colección **Milenio**

LA MISA

¿PARA QUÉ SIRVE?

Eucaristía y vida cristiana

Luis Carreras del Rincón
Prólogo Mons. Jaume Pujol

C^e

COBEL EDICIONES

*A mi esposa y a mis hijos,
que me permitieron “robarles”
muchas horas de vacaciones para
poner por escrito estas líneas*

Primera edición: febrero de 2019

© Cobel
© Luis Carreras del Rincón

ISBN: 978-84-946946-9-1

cobel@cobel.es

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

www.cobelediciones.com

Impreso con licencia eclesiástica

Mail del aurtor: paraquemesirvelamisa@gmail.com

ÍNDICE

PRÓLOGO DE MONS. JAUME PUJOL.....	9
INTRODUCCIÓN	11
1. Sine dominico vivere non possumus	15
2. Aprended de mí	20
3. Fuente y cumbre	28
4. Orientación	40
5. Un drama en tres actos	48
6. Amén	56
7. El sentido del sufrimiento	64
8. Centro y raíz	71
9. El Espíritu de Jesús actúa	80
10. Magia no, ¡Misterio!.....	88
11. ¡Señor, gracias, perdón, ayúdame más!. 93	
12. La curación.....	103
13. Los tiempos litúrgicos	108
14. Misa dominical en familia	119
15. El Alimento	125
16. Haced lo que él os diga	131
17. Ite, Missa est	137

PRÓLOGO

DE MONS. JAUME PUJOL

Es para mí una alegría poder presentar el libro de Luis Carreras del Rincón, “¿Para qué me sirve la Misa? Eucaristía y vida cristiana”. Se han escrito muchos libros sobre la Misa, porque no hay duda que es la fuente y el culmen de la vida eclesial y también de toda la vida cristiana, pero nunca se escribirá bastante sobre esta realidad que podemos vivir de forma tan cotidiana, tan próxima. Un Dios que nos ama y que quiere estar cerca de nosotros y que ha querido que se renueve, en nuestros altares, el memorial de la Pascua de Cristo, es decir, la obra de la salvación realizada por la vida, la muerte y la resurrección de Jesucristo.

El autor es padre de diez hijos y nos dice que ha reflexionado mucho sobre cómo explicar esto, a distintas edades y circunstancias, a sus propios hijos y luego dando conferencias sobre este tema, respondiendo a las preguntas de porqué ir a Misa, porqué es tan importante para un cristiano, cuál es su valor, cómo explicar bien lo que significan todas y cada una de las partes y ceremonias de la Misa, etc.

El contenido del libro está distribuido a lo largo de 17 capítulos, con abundantes sugerencias y respuestas a preguntas que van presentándose casi de forma espontánea. Con sentido común, pero también con un profundo sentido teológico y litúrgico, se van contestando y dando razones, que se van como acumulando y ofreciendo al final una muy buena respuesta a la pregunta inicial: ¿por qué ir a Misa?

Mi enhorabuena por el libro, que como dice el autor, está especialmente dirigido a los padres y madres de familia, para que puedan transmitir a sus hijos qué es la Misa y la necesidad de que los fieles, como nos dice el Concilio Vaticano II, participen cada vez más de forma “consciente, activa y fructuosamente”.



† JAUME PUJOL BALCELLS
ARZOBISPO METROPOLITANO DE TARRAGONA Y
PRIMADO TARRAGONA,
10 DE SEPTIEMBRE DE 2018

INTRODUCCIÓN

Hace algunos años me pidieron que diera una conferencia a los padres de un colegio que ese curso preparaban a sus hijos para recibir la Primera Comunión. El tema que habían escogido los organizadores era la Santa Misa, y mi *reto* era conseguir que esos padres y madres se ilusionaran ante la idea de compartir regularmente la Misa con ese hijo que estaba aprendiendo las naciones básicas de la fe cristiana. Según me contaron, algunos de mis oyentes ya asistían asiduamente a la Misa dominical, otros quizá de cuando en cuando, y por lo que parece otros tantos no solían hacerlo más que muy esporádicamente. Pero de lo que se trataba, como digo, era *pegarles* a todos *una nueva ilusión* por asistir a Misa en familia, que *re-descubrieran* la maravilla escondida en el misterio de un rito tan antiguo como el cristianismo.

Para entonces había ya compartido con mi esposa la catequesis de nuestros diez hijos, que a lo largo de dos décadas se fueron preparando para hacer su Primera Comunión. Si uno quiere enseñar tiene que tener primero su respuesta a preguntas tales como ¿por qué hay

que ir a Misa?, ¿para qué sirve?, ¿qué pasa si no voy?, ¿y si voy cuando me da la gana y no cuando la Iglesia me exige?, o ¿qué pasa si me aburro o me distraigo? Así que a lo largo de los años me había ido formando mis propias respuestas antes este tipo de preguntas, que yo mismo me hacía para encontrar sentido a lo que ya venía haciendo desde niño, porque tuve la fortuna de nacer en una familia cristiana en el mejor sentido de la palabra. Esas respuestas las encontré a base de leer buenos libros, claro está, pero sobre todo a base de asistir a Misa yo mismo y de preguntarme ¿qué estoy haciendo aquí? y de pedir luces al Señor.

Con este bagaje me preparé el guion con cuidado, reuniendo en una hoja de papel las ideas o reflexiones que me parecía que podrían ser de utilidad para mis oyentes, como lo habían sido para mí a lo largo de los años, y esa tarde me dispuse a compartirlas con mi audiencia. Y creo que si puedo decir sin falsa modestia que la conferencia gustó, yo lo atribuí a la bondad de mis oyentes y a que yo estaba acostumbrado a hablar en público y llevaba muchos años ejerciendo lo que yo llamo mi *segunda profesión*, que es la de orientador familiar en temas de educación de los hijos y del amor matrimonial. Pero lo que me llamó la atención fue que después de la sesión algunos se me acercaban y me preguntaban: “¿en qué libro podemos encon-

trar lo que ha dicho hoy?”. Mi respuesta sin pensarlo mucho fue algo así como “*en muchos y en ninguno en particular, son cosas que he aprendido aquí y allá*”.

Desde entonces he tenido la oportunidad de repetir la conferencia un buen número de ocasiones y en distintos lugares y con oyentes muy variados, y la pregunta se repitió. Me hizo pensar especialmente uno de los oyentes que ante mi respuesta me soltó: “*Pues tendría Ud. que ponerlo por escrito*”. Pero la verdad es que no le hice caso porque nunca me había planteado escribir algo *publicable*.

Contándole estas cosas a un amigo psiquiatra, autor de varios libros de considerable éxito y magnífico conferenciante, inesperadamente me puso algo así como entre la espada y la pared, como suele decirse, y me dijo muy serio: “*Luis, tienes la obligación moral de escribir lo que transmites oralmente, y si lo haces y no te lo publican, pues nada, lo guardas y listo, pero tienes que intentarlo*”. Cuando escribo estas líneas hace algo más de dos años que tuvimos esa conversación, y al final me he decidido a seguir el mandato de mi amigo.

Es por esta razón que el lector de estas líneas no encontrará en ellas un sesudo ensayo doctrinal, ni un completo manual que tocara

todas las perspectivas del tema escogido, ni cosa parecida, entre otras cosas porque no sería capaz de escribir una obra así. No mostraré tampoco una erudición que no poseo, y por eso no cansaré al lector con muchas citas de obras y autores ni con notas a pie de página. Me dispongo simplemente a poner por escrito algunas de esas ideas y reflexiones que he *coleccionado* -por decirlo así- y con este objetivo procuraré utilizar un lenguaje sencillo, sin tecnicismos, como el que usaría en una conversación de tú a tú con un amigo.

Me gustaría pensar que este libro será de utilidad especialmente a padres y madres que desean transmitir a sus hijos la Fe en Cristo. Aunque también espero sinceramente que sirva para cualquiera que desee *re-considerar* qué significa la Santa Misa en su vida, o que sencillamente se pregunte porqué tantas generaciones de cristianos hemos conservado este inmenso tesoro durante más de veinte siglos.

“Bienaventurados cuando os injurien, os persigan y, mintiendo, digan contra vosotros todo tipo de maldad por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo”

(Mateo 5, 11)

1. SINE DOMINICO VIVERE NON POSSUMUS

Me parece interesante comenzar mi exposición trayendo a estas páginas el recuerdo y el ejemplo de 49 mártires cristianos de principios del siglo IV.

Vivían en Abitinia, un pequeño pueblo localizado en el norte de África, en las tierras que hoy llamamos Túnez, por aquél entonces bajo el poder de Roma. Sabemos sus nombres y las circunstancias concretas en las que fueron martirizados mientras perdonaban a sus ejecutores.

Desde el año 64 –poco más de 30 años después de la crucifixión de Jesús de Nazaret– hasta el fallecimiento de Valeriano en el año 259,

sucesivos emperadores romanos desataron persecuciones contra los cristianos de las primeras generaciones, algunas muy cruentas, como es de sobras conocido. Recordamos aquí nombres como los de Nerón, Domiciano, Trajano, Marco Aurelio, Septimio Severo, Maximino Tracio, Decio, Valeriano y Aureliano. De entre estos, los más severos y sistemáticos en su fracasado empeño de erradicar el cristianismo de su imperio fueron Decio y Valeriano, a mediados del siglo III. El número de los ejecutados por ser cristianos es prácticamente incontable.

Tras la muerte de Valeriano siguieron unos 40 años de tranquilidad. Conviene considerar que en aquellos tiempos cuatro décadas representaban casi dos generaciones. Hombres, mujeres y niños pudieron abrazar la fe con libertad, muchos cristianos alcanzaron cargos de responsabilidad, las comunidades crecieron y se robustecieron por todo el imperio, se construyeron basílicas y una nueva generación de obispos, sacerdotes y diáconos sustituyeron a los que habían caído en la que se pensaba era una época de terror que ya formaba parte del pasado.

Pero desgraciadamente no fue así. En el año 303, el emperador Diocleciano desencadenó una nueva y aún más virulenta persecución contra los cristianos, ordenando que se quema-

ran los libros sagrados, que se demolieran las basílicas y prohibiendo, bajo pena de muerte, la celebración de los actos de culto cristiano, es decir, de la Misa.

La persecución se extendió como una plaga por todo el imperio hasta llegar a Abitinia, aquel remoto pueblecito en el que vivían nuestros 49 mártires. Había otros cristianos en la localidad, pero o bien huyeron a lugares más remotos –parece ser que uno de los que huyó fue el obispo del lugar– o simplemente se quedaron en casa sin arriesgarse a participar en los actos de culto. El caso es que los soldados de los magistrados de la colonia les sorprendieron celebrando la Misa dominical. Cuentan las crónicas, que se conservan, que el procónsul de Cartago, de nombre Anulino, quedó estupefacto cuando trajeron a su presencia a los 49 cristianos, niños incluidos; al parecer no comprendía porqué habían desobedecido las estrictas disposiciones del emperador y asistían a un rito prohibido, aún a sabiendas de que ello les podía costar, como así fue, la vida.

En su interrogatorio, sometido a tortura, uno de los 49, de nombre Emérito, tuvo la sinceridad de contestar al cónsul con una respuesta que ha quedado grabada para siempre en los anales del cristianismo: **“Sine dominico vivere non possumus”**, esto es, “no podemos

vivir sin celebrar el Día del Señor”.

Después de que muchos de ellos sufrieran atroces torturas y todos una larga estancia en la cárcel, estos mártires de Abitina fueron asesinados. Como afirmó Benedicto XVI, con la efusión de la sangre confirmaron su fe, murieron, pero vencieron; ahora los recordamos en la Gloria de Cristo Resucitado.

Como he dicho antes, conocemos los nombres de que casi todos ellos: se llamaban Saturnino, el presbítero que presidía la celebración, con sus cuatro hijos, Saturnino jr., Félix, María e Hilarión, aún niño, Dativo, Félix, otro Félix, Emérito, Ampelio, Rogaciano, Quinto, Maximiano, Tacelita, otro Rogaciano, Rogato, Enero, Casiano, Victoriano, Vicente, Ceciliano, Restituta, Prima, Eva, otro Rogaciano, Givalio, Rogato, Pomponia, Januaria, Saturnina, Martín, Clautos, Félix jr., Margarita, Mayor, Honorata, Victorino, Pelusio, Fausto, Daciano, Matrona, Cecilia, Victoria, Berectina, Secunda, Matrona y Januaria.

Copio sus nombres como para expresar que eran personas concretas, eran ciudadanos corrientes de todas las edades, tenían sus familias, sus trabajos, sus amigos, sus aficiones, sus proyectos, sus contradicciones, luchaban por salir adelante cada día. En definitiva, tenían

sus vidas, eran como tú y como yo, amable lector.

Y no traigo esta historia a colación para que nos preguntemos qué habríamos hecho tú y yo si alguna vez nos encontráramos en una situación parecida. Esta es una pregunta muy legítima e incluso saludable, pero en mi opinión poco *realista*, en el sentido de que nadie ha nacido ni se ha educado para ser mártir, ninguno de los que lo han sido –¡tantos!– lo fue porque se hubiera *preparado* para serlo; simplemente pasaron por *su* prueba y el Señor les asistió con *Su* gracia para superarla con bien. Se calcula que en las últimas décadas el número de mártires cristianos contemporáneos nuestros supera y muy ampliamente el de los que dieron la vida en los primeros siglos. Aun así, no es esto a lo que voy.

La pregunta que conviene hacerse en cambio, ésta sí muy práctica y realista para todos, es:

¿Qué veían, o mejor, qué experimentaban estas personas al participar en la Misa, que no sabían vivir sin ella, hasta el punto de arriesgar y perder la misma vida por hacerlo?

Esta es la pregunta que yo me he hecho y que invito al lector a hacerse también. Procuraré ayudar a contestarla.